

## **El naufragio del circo**

**Escribe: GUILLERMO HOYOS TRUJILLO**

El barco se agitaba al vaivén de las olas, como si estuviera bailando una danza macabra; sus cuadernas crujían y el piloto conservaba difícilmente el rumbo.

El capitán y el ingeniero, sosteniéndose de pies con precario equilibrio sobre la bodega de proa, trataban de aquietar inútilmente al arisco pasaje integrado por los artistas, técnicos y trabajadores del Circo Recore.

Las palabras de los oficiales del Vuelta de Campana se perdían en el vacío y se las llevaba el viento; y cuando tras múltiples esfuerzos se hacían oír, el rugido de las fieras y de los animales que iban en el interior de la bodega, parecía que daban un rotundo mentís a este llamamiento a la tranquilidad.

Comprendiendo la inutilidad de su perorata ante la intuitiva presencia de la muerte que navegaba junto a ellos, el capitán John Valentín subió a su camarote, sacó una botella de whisky, tiró el corcho al mar y de un sorbo bebió casi la tercera parte de su contenido.

La tormenta arreciaba con la furia del viento y los rayos iluminaban fugazmente el mar y la nave; la proa de la embarcación navegaba afanosamente contra las olas, como si pretendiera escapar del cerco que le tendía el mar.

El pito del barco sonaba incesantemente en solicitud de auxilio, en tanto que el radiotelegrafista en su cabina lanzaba a través de las ondas herzianas la petición de socorro ante la inminencia del naufragio.

La nave era antigua y había sorteado con éxito más de un temporal y esquivado a los submarinos germanos en las brumosas aguas del Atlántico Norte, en la época que navegaba como barco transporte de la marina de su majestad británica, durante la primera guerra mundial.

Después ya viejo y achacoso, el Ruler fue adquirido por unos mercaderes griegos que se limitaron a pintarle de gris el casco, y abanderarlo en una nación centroamericana, poco exigente para otorgarle el permiso de navegación. Bautizado de nuevo con el nombre de Vuelta de Campana, retornó a sus faenas marineras.

Con el nuevo apelativo y otro pabellón navegó a través de las rutas del Caribe con escala en los puertos de Colón, La Habana, La Guaira, Barranquilla y Cartagena. El buque a no dudarlo, estaba cansado y ansiaba disfrutar de un merecido descanso en las aguas profundas y oscuras del inquieto Caribe.

En los estertores de la agonía cimbreaaba con un donaire y una gracia que estuvo lejos de poseer en sus años mozos, y el mástil se inclinaba peligrosamente hacia adelante.

La tripulación parecía conformarse con su suerte, pues a fuer de avezados marinos habían calculado el riesgo que presuponía enrolarse en un navío destartalado, de características fantasmales. En cambio los pasajeros se resistían a perecer en un naufragio.

La troupe circense, a medio vestir, había abandonado los camarotes y se hallaba sobre cubierta. Se congregaban allí los triunfadores del trapecio, los equilibristas, los malabaristas de rápido movimiento de manos, los domadores que con sus látigos hacían que se doblegaran a su capricho la voluntad de los señores de la selva, y por último los payasos que con la angustia reflejada en sus rostro miraban asombrados las olas amenazadoras que se levantaban a más de veinte metros de altura.

Las mujeres lloraban y rezaban, en tanto que los pequeños con sus gritos y llantos se agazapaban anhelantes en torno a sus madres, como si estas poseyeran algún don mágico que les permitiera salvarlos.

Magola, la primera artista del circo, vestida con su traje de luces, sostenía en sus manos un pequeño cofre de nácar, en el que conservaba alhajas que por muchos años pertenecieron a sus padres. La familia del fundador y director de la empresa circense también iba a bordo, y solo faltaba su jefe el señor Recore, el anciano italiano de cabellos canos, que había precedido a su compañía y viajado en una aeronave a Cartagena, con el propósito de buscar alojamiento y obtener los necesarios permisos para el debut de su compañía.

Los leones y tigres rugían dentro de las jaulas y con sus dientes y zarpas trataban de destrozar los barrotes de hierro. Del fondo de la bodega trepaban espantados los monos, para dispersarse por la cubierta o subir por los cables de acero.

Observé con fijeza a uno de los simios que con sus manos se asía fuertemente a un barandal; ¡qué similitud guardaba su angustiada expresión con la de los humanos que viajaban en el Vuelta de Campana! El pánico se reflejaba en su pequeño rostro y asustado miraba a uno y otro lado y pretendía descifrar la suerte que en contados minutos nos aguardaba a todos.

Las olas bañaban por completo la embarcación en emergencia, y el agua inundaba las bodegas; varios peces de diversos tamaños habían caído sobre la cubierta y saltaban.

El prolongado pito del barco llevaba al ánimo de todos los ocupantes del navío, una sensación de pesadilla.

Cartagena se hallaba aún muy lejos, posiblemente a unas ochenta millas náuticas de distancia, y no era probable que llegáramos a avistar su hermosa bahía, ni sus vetustas murallas.

El signo de la mala suerte parecía envolver en sus ocultas redes al Circo Recore.

En la ciudad de León, en Nicaragua, un incendio destruyó la carpa que era el orgullo de su propietario, quien para adquirirla ahorró tenazmente durante varios años, absteniéndose en ocasiones de adquirir hasta ropa apropiada para él y los suyos. Todo, con tal de poseer el enorme toldo circense que le diera categoría al espectáculo. Algún día, solía decir el señor Recore, podré comprar una hermosa carpa rosada, que tenga capacidad para dos mil espectadores.

Y su sueño se tornó en realidad; pero ¿por qué tuvo que ocurrir el incendio del circo en León, la patria chica de Rubén Darío? Fue en aquel tiempo en que mi silueta de niño apareció agigantada en la hierba, mientras que la carpa ardía en la noche y el público y los artistas huían en todas direcciones.

El llanto de los pequeños se confundía con el reír histérico de las artistas, que con sus pequeños atuendos, rememoraban escenas de las Mil y Una Noches.

El número cómico, no incluido en el programa, estuvo a cargo de aquel auténtico chino, hijo del Celeste Imperio, que con sus ojos oblicuos, huía difícilmente envuelto en una bata azul con el dibujo de un gran dragón que vomitaba fuego, mientras que un robusto payaso se colgaba de sus trenzas.

El domador Hans, con una barra de hierro en la mano izquierda y el látigo en la derecha, trataba de aquietar a un tigre en cuyo organismo había desaparecido el efecto de las drogas, ante la realidad del fuego.

Sin vacilar penetré en la tolda destinada a alojar a los animales del zoológico, quité la cadena que ataba al pequeño camello y lo conduje a un lugar apartado.

Con sus ojos de una perenne tristeza, el camello parecía agradecido de que lo hubiera alejado del peligro.

Los "botones" del circo con baldes de agua trataban de extinguir las llamas, mientras que el señor Recore, con los ojos desorbitados, iba de uno a otro sitio impartiendo órdenes contradictorias. A mi lado pasó raudo un payaso que sostenía bajo el brazo derecho un ganso blanco; y cosa desusada en él, reía no obstante que se encontraba fuera de la pista.

En medio de la confusión se oían todos los acentos y modismos hispanoamericanos; el del maestro de ceremonias, Galarraga, que repetía de continuo la palabra "che"; un mexicano con su no menos tradicional "manito", y un cubano que tuteaba y le decía "chico" a todo el mundo.

El señor Recore, cansado de la inutilidad de su esfuerzo se resignó ante los imponderables y con la camisa quemada, optó por sentarse en la banca de un parque vecino. Desde allí contempló el fin de su carpa, en la

cual había fincado su esperanza e invertido los ahorros de más de diez años de duro trajinar por los polvorientos caminos de Centro y Suramérica.

Una fuerte sacudida del barco, que me lanzó contra una puerta de hierro, hizo que volviera a la realidad.

El capitán Valentín les explicaba a los pasajeros que no existía esperanza de salvar el buque, por lo cual era necesario utilizar los botes salvavidas, que se debían alejar con presteza del navío para que al naufragar este la presión del agua no los absorviera.

Los tiznados fogoneros abandonaron las calderas y subieron al puente, pues era suicida continuar alimentando el fuego de las calderas en tanto que el barco se hundía lentamente.

Las olas se acercaban a los costados de la nave, envolvían a sus ocupantes, y se alejaban con sus presas bailando un extraño ballet, mientras que unas manos se agitaban en el aire para desaparecer después bajo la blanca espuma.

De los tres botes salvavidas que llevaba el Vuelta de Campana, dos zozobraron en el mar a consecuencia de que numerosas personas se lanzaron indiscriminadamente a su abordaje.

Como pude, trepé a una caja que servía para guardar parte del vestuario circense; después sentí vértigo y una extraña sensación de bienestar y raudamente desfilaron por mi imaginación todas las secuencias de mi vida.

Cuando recobré el conocimiento me hallé tendido en el fondo de una barca pescadora, que con buen viento y sus velas desplegadas navegaba hacia Panamá. Un vaso de ron y un pedazo de pescado me reconfortaron. Después de tres días de navegación, una noche divisamos a lo lejos las luces de Colón. En el muelle encontré varios de los sobrevivientes del naufragio que habían sido recogidos por un carguero americano. De ellos, quince pertenecían al diezmado elenco circense.

En el naufragio perecieron la mayor parte de los integrantes de la compañía y todos los familiares del propietario, así como el zoológico.

Recordé en especial entre los náufragos al "che" Galarraga, aquel argentino que con su acento peculiar, solía anunciar la presentación del espectáculo con la voz secular de: ¡Adelante, circo!

En Colón bajo la guía de Hans, el domador, abordamos un mercante panameño que partía para Cartagena; allí en el terminal marítimo desembarcamos los sobrevivientes, y el señor Recore, con su optimismo y sus 76 años, nos dio la cordial bienvenida.

Aunque en sus ojos se notaban las huellas del llanto, prescindió de solicitarnos detalles sobre el naufragio y la desaparición de su familia, integrada por su esposa, una cuñada y once hijos, trece personas en total. Número trágico.

Sin amilanarse bajo el peso del infortunio, el señor Recore comenzó la contratación del nuevo elenco; improvisó payasos y en las riberas del Sinú adquirió un caimán y habilitó a Tobías, un negro corpulento que medía casi dos metros de alto y parecía escapado de un trono africano, para que actuara como domador.

Tobías mostró especial inclinación por vestirse de rojo, calzarse unas enormes botas negras, y usar un sombrero de cúbilo. En los ensayos desfilaba con paso marcial al frente de la troupe, muy seguro de sí mismo y de su diligente actividad para reducir a la obediencia al caimán, que bajo el látigo del domador daba vuelta tras vuelta en torno de la pista.

Por fin un 8 de diciembre, el reintegrado conjunto circense se dispuso a debutar ante el público en Cartagena.

Viva curiosidad existía entre todos nosotros por conocer la persona que sucedería al "che" Galarraga, como maestro de ceremonias. Por fin esa noche podríamos satisfacer nuestra curiosidad, ya que el señor Recore se había abstenido deliberadamente de indicarnos el nombre de quien tendría a su cuidado el desempeño de esta función.

El encargado del ceremonial, con su relevante voz de mando, había infundido bríos a los artistas y avidez entre el público por conocer la suerte que siempre depara a chicos y grandes la presentación del espectáculo circense.

La improvisada orquesta ejecutó el viejo vals "Danubio Azul", se apagaron las luces y cuando era mayor nuestra expectación apareció en la pista el señor Recore, seguido por las luces de los reflectores, y remozado, arengó a los artistas para que tuvieran un buen desempeño en la función, y agregó:

"Ahora, bajo la carpa siempre amiga del Circo Recore, vais a presenciar el espectáculo que a través de los siglos, ha sido la recreación de reyes y plebeyos, de chicos y grandes".

Sonó el silbato, agitó el látigo a tiempo que con voz fuerte y bien timbrada lanzaba el grito tradicional de:

¡Adelante, circo!

A esta admonición y bajo las luces de lentejuelas que proyectaban los reflectores sobre el redondel, se inició el desfile, encabezado por la imponente figura del negro Tobías con su encendida vestimenta, y seguido de tres payasos que bailaban subidos en enormes pelotas multicolores; a continuación salieron a la pista los mandarines chinos que ejecutaban diversos actos, los equilibristas y los malabaristas.

El anciano director se retiró de la pista y salió a la parte posterior de la carpa. Encendió un cigarrillo, se acodó en una cerca y, mientras las volutas de humo ascendían lentamente, sonrió satisfecho.

Del interior de la carpa salían gritos de aprobación y una salva de aplausos saludó el final de una presentación del equilibrista en la cuerda floja.